

REVISTA DE ASTURIAS

AÑO V.

OVIEDO 30 DE SETIEMBRE DE 1881.

NÚM. 18.

....VELUT UMBRA.

(CUENTO DE COLOR DE HUMO.)

(Continuacion.)

V.

Era la mañana de un día claro de invierno; de los pocos días claros que en Asturias y en tal estación se ofrecen. El anterior y el que á este precediera, y varios otros más, había llovido con tenacidad digna del varón fuerte de Horacio. El cielo aparecía, lavado con tanta agua, con un azul limpiísimo, y el sol también salía de tan repetidas abluciones con el redondo semblante pulcro y esplendoroso. Podría ser un día de labor para los míseros humanos, pero éralo de fiesta para la naturaleza.

Pesada *diligencia* que rodaba sobre el fango de la carretera, arrullada por el sonoro cascabelear de flacos trotones y los redoblados estallidos del látigo manejado por voceador mayoral, detúvose á la mitad de una larga pendiente dejando en tierra á un viajero, cuyo equipaje se reducía á una maleta de mano de que él mismo se hizo portador. El carruaje siguió su marcha y el joven quedó solo y quieto, con la maleta en la diestra, contemplando unos instantes tristemente el grupo de casas que se descubría en la otra vecina altura, del lado allá del ancho río que abajo corría con ruido monótono.

Cual queriendo desquitarse del breve tiempo perdido, empezó á bajar muy deprisa por torcido y pedregoso camino, sin curar gran cosa en los lodazales, ni vacilar un punto en las encrucijadas que hallaba al paso. El viajero iba sin duda absorto en íntimos soliloquios y conocía perfectamente aquellos sitios. Pronto llegó al fondo del pequeño valle, que el río cubría con exceso, y después de mirar en torno sin descubrir á ningún ser viviente, gritó con esforzada voz:—¡Barquero!... ¡Barquero!

Esta primera llamada no surtió efecto, y fué la segunda un silbido agudo y prolongado, seguido de otros tres breves, que

obtuvo á poco y á alguna distancia una contestación análoga. Mientras el barquero venía, sentóse nuestro joven sobre una roca próxima al agua, y siguió con los ojos muy abiertos aquellas ondas turbias, presurosas y resonantes, que arrastraban consigo despojos de árboles y otros signos de su acrecido poder.

—Buenos días, señorito—dijo el barquero llevando la mano á la cabeza como quien intenta descubrirse.—Pero ¡calle! ¿es V?

—El mismo, amigo Roque. Parece que no te alegra el verme. ¿Cómo fué desde la vista?

—Al pronto no le había conocido. En el modo de silbar se me figuró... pero cá! si está mucho más alto, y con esas barbas... ¿Pero cómo viene V...? ¿No sabe que... Qué se ha de hacer, señorito, qué se ha de hacer!

No era el barquero hombre de muy fácil palabra. Sin embargo, en esta ocasión revelaba un pasmo y un embarazo tan extraños, que hubieron de llamar la atención de su antiguo conocido, el cual no era otro—según el lector dará ya por hecho—que el neo-revolucionario Blas.

—¿De qué te asustas Roque? ¿Serás tú acaso de los que creen que me he vuelto un diablo, con rabo y todo, desde que animé á D. Baltasar y á los demás para que llegasen hasta aquí las nuevas ideas?—Vengo porque supe que mi madre se había puesto peor... ¿Cómo sigue mi madre? ¿Has subido hoy allá? ¿Ha bajado alguno de mi casa ó de las vecinas?

Roque tragó saliva, rascóse la cabeza, miró á uno y otro lado y acabó por callarse.

—¿Qué te pasa? ¿Hay alguna novedad? Habla pronto; dí!

—Lo que digo es que... que, como V. ve, el río lleva mucha agua y mucha corriente, y que hace ya dos días que no se pasa, y...

—Eso no es cierto, Roque.

—Le juro á V... ¿No lo está V. viendo?

—Lo que veo es que me ocultas algo, que tienes algo dentro; y te lo he de sacar quieras que no. ¿Se agravó mi madre? Mi padre...

—D. Lucas está bueno, gracias á Dios. Eso sí: muy disgustado, como es natural.

—Por las barrabasadas que hicieron el día aquel. ¿Verdad?

—Ah! si señor. Eso de la política le dió mucho pesar. Todo se lo achacaban á V., y ¡ya se ve! como él y el señor cura y...

—Acaba, hombre, acaba. Pero estamos perdiendo el tiempo y pronto lo sabré yo todo por mí mismo. A ver: ¿dónde está la barca? ¿Cómo no está aquí? Menéate, hombre; vamos, pronto.

Blas levantose con visible inquietud y habló con marcada energía al atortolado aldeano.

—La barca está ahora amarrada un poco más arriba, detras de aquella peña.

—Ea, pues andando.

—Ya le dije que el río...

—El río se pasará. Tú sabes nadar y yo tambien. ¿Te has vuelto cobarde? En último caso, yo solo me arreglaré.

Blas echó á andar delante en la direccion ántes señalada por Roque; éste, mohino y rezongon, le siguió.

Realmente el atravesar el río ofrecía algun peligro y podía ser cierto lo que el barquero asegurara momentos ántes. Blas, no obstante, tenía formal propósito de llegar pronto á su casa, y se embarcó como dispuesto á parodiar aquella famosa frase: *quid times? Cæsarem vehis.*

El barquero apercibió los toscos remos, y dijo:

—Lo ménos, vamos á dar al *rabion* de allá abajo.

—Tomándolo desde aquí, aunque la corriente nos arrastre un poco, desembarcaremos donde siempre. Venga la cadena; embarca si quieres.

El barquero obedeciò.

—Aguanta fuerte de ese lado, Roque. Hala, hala!... Qué revuelta y sucia viene el agua! ¿Qué es aquella cosa negra que lleva consigo por aquel lado?... ¿Qué gente es aquella que sube?

El barquero no contestó.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te paras? Roque, animal!!

En efecto: Roque había quedado quieto con los remos en alto, miéntras la pesada embarcacion, empujada con ímpetu, se deslizaba río abajo. Blas púsose de un brinco junto á él, arrebatole los remos, lanzándole nuevas injurias, y comenzó á trabajar con todas sus fuerzas para ganar la márgen opuesta.

—En llegando, si llegamos—añadió con fatigoso jadeo y echando chispas por los ojos—te abro la cabeza de un palo.

—Traiga V., traiga V.; yo seguiré. ¿Pero V. no oye, Dios!

Las campanas de la iglesia, pintorescamente situada entre altos árboles é inmediata al grupo de casas que Blas contemplara desde la carretera, tocaban con un toque harto conocido y harto triste.

—Roque!, gritó Blas vislumbrando una realidad horrible,—por el alma de tu madre... ¿por quién tocan á muerto?

Apénas esta pregunta fuera hecha, cuando violenta sacudida puso á punto de caer á entrambos tripulantes. La barca acababa de encallar con fuerza en las guijas de la orilla. Roque mascó una expresiva interjeccion, y Blas, hundiendo en el primer salto sus piés en el agua, púsose de otro en salvo y echó á andar como un loco por la tortuosa senda. El fiel Roque, abandonó la barca llevando el equipaje de aquél y llamándole y siguiéndole hasta que logró darle alcance.

—Bueno; trae y déjame—dijo Blas con aspereza, tomando su maleta y sin querer detenerse.

El barquero cuadrose delante de él con aire resuelto.

—Vuélvase V. conmigo, vuélvase V. Vamos aquí, á casa del tío Juan... Cuando yo se lo digo... Ya sabe V. lo que yo le queria cuando le cuidaba de pequeñin... No hay nadie allá: á su padre le llevaron ayer á casa de D. Julian, del otro lado del monte... Vuélvase por Dios; vuélvase por Dios.

Blas había quedado quieto, pasmado, con los brazos caidos, mirando sin pestañear al afligido hombre.

Hubo unos momentos de silencio entre ambos. Las campanas seguían doblando allá arriba: una de ellas sonaba á rota.

De pronto, Blas con voz entrecortada y ronca exclamó:

—¿Qué es lo que dices? ¿Será posible!... ¿Tocan por mi madre? ¿Ha muerto mi madre?

—Dios está arriba, Blasin,—repuso Roque con acento balbuciente y cariñoso.—Dios está arriba... y ella tambien. Pero ¿cómo no sabía V. nada? cómo no le avisaron?

El infeliz huérfano sintió que le faltaba la tierra debajo de los piés; que cuanto le cercaba se desvanecía y todo quedaba oscuro, vacío, desierto. El pobre barquero no sabía que hacerse; estrechóle en sus brazos, tomóle las manos, oprimió su cabeza, hasta que Blas, rehaciéndose de pronto, le separó con violencia y dijo:

—Quiero ir sólo, quiero ir sólo!

—Pero ¿á donde?

La pregunta quedó sin respuesta. Uni-

camente en la mirada y en el ademán de Blas, advirtió el barquero tanto de imperio y aún de amenaza, que no se atrevió á contrariarle. Siguióle anhelante con la vista, y al verle salir del camino y tomar á la derecha por espeso robledal, díjose para tranquilizarse á sí propio: —Vamos, irá á casa del maestro. ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia!

—Padre, padre!—clamaron á lo léjos; dominando el ruido de las revueltas aguas —¡que se lleva el río la barca!

Roque dió la vuelta y partió á todo correr hacia el punto en que habían desembarcado.

Blas no se había apartado del camino con las intenciones que el barquero supusiera. Quería, sí, huir todo encuentro y llegar por extraviados sitios á aquel en que la muerte acababa de arrebatár su presa; quería disputársela, cual si se tratara de miserable ladrón que llevara al hombro el tesoro querido; quería..... Mas ¿quién podrá saber lo que quería, si él mismo lo ignoraba? Tropezando en las retorcidas raíces de los árboles y en las musgosas piedras, salpicando su traje y hasta su rostro con el agua amarillenta de las charcas en que hundía á veces su planta, caminaba con rapidez fatigosísima por áspera cuesta: trepaba á su Calvario.

VI.

Las puertas de la Iglesia abriéronse de par en par, y numerosa y fúnebre comitiva empezó á salir por ellas. Delante, un muchachote desarrapado, con los piés desnudos, conducía enhiesto, bien que un tanto inclinado á la derecha, oscuro pendón. Tras él iban la cruz y los ciriales, de que eran respectivamente portadores un hombre vestido con largo ropon negro y blanco roquete, que cojeaba un poco y llevaba un pañuelo amarrado á la frente, y dos arrapiezos con sendas sobrepellices mal aderezadas, que dejaban ver hacia los piés algo colorado y mugriento. Seguía una doble fila de aldeanos, llevando cada cual sobre los hombros abundante capa de paño burdo, de tieso y alto cuello, y en la mano un hacha encendida; tras ellos, cuatro curas, dos á cada lado, y otros tres cerrando la marcha, revestidos de ornamentos negros ribeteados de amarillo. En el duelo formaban varias personas de categoría, la crema del contorno, según lo revelaba su traje semi-ciudadano. Muchas mujeres cubiertas con mantilla, de las que no pocas

alumbraban con cabos de vela, y otros tantos chiquillos, terminaban el cortejo.

Salió éste silencioso y ordenado del templo, mas apenas entró en estrecha calleja, limitada por espinosos setos, procuró cada uno buscar por los elevados flancos paso más fácil y enjuto; sólo el del pendón marchaba impávido por el centro sin aprensión y sin vacilaciones. El calzado de aquella gente, ferradas madreñas en su mayor parte, formaba al chocar en las piedras singular estrépito.

La calleja bifurcábase á poca distancia; uno de sus ramales subía en dirección al monte; el otro desembocaba á corto trecho en caprichoso conjunto de hórreos, establos y casas, miserables las más, que se denominaba *el pueblo*, por antonomasia. Ante la de mejor apariencia, detúvose el concurso. Tenía delante una bastante espaciosa quintana; estaba pintada de blanco y amarillo, y un largo balcon corrido ocupaba todo su frente. Bañábala el sol por completo, y, sobre el tejado, blancas palomas batían las alas y decíanse ternezas.

El ruido de las almadreñas había cesado, y oíanse más claros y distintos el lento doblar de las campanas, el chirrido de un carro que con empinada carga de árgomas bajaba del monte, el arrullo y los vuelos de las palomas, el intermitente *tintín* de las esquilas del ganado que se apacentaba en los prados inmediatos, el pio tenaz de los atrevidos gorriones que no se daban punto de reposo; sirviendo de fondo á estos y otros detalles sonantes del cuadro—si vale la frase—el grave rumor del río que corría abajo, y que, en medio de su monotonía, ahora parecía elevarse más vibrante y agudo, ahora hundirse más sordo y enronquecido.

Empezó á impacientarse un tanto la concurrencia, excepción hecha de la gente menuda, que se entretenía en recoger en la palma de la mano lo que goteaban las hachas, ya que no osase arrancar de ellas las babas endurecidas. Destacóse, vista la tardanza, una sobrepelliz, es decir, uno de los que la vestían, entró en la casa y volvió á seguida trayendo á sus colegas la razón del hecho. Era ésta que la estrechez de la escalera dificultaba, sinó imposibilitaba, que se bajase por ella el ataúd, muy abultado y largo; por lo cual se intentaba otro fácil y rápido procedimiento. En efecto: varios hombres aparecieron en el balcon armados de cuerdas, y bien pronto, sujeta á estas por los extremos, empezaron á descolgar, como fardo que descende á la bodega de un buque, la enlutada caja.

En el momento en que se ejecutaba esta extraña maniobra, un rostro contraído y espantado asomó por encima de tupido y alto bardal no muy distante. La atención general estaba fija en el asunto del descendimiento, y nadie hubo de percatar aquel siniestro incidente. Quien le advirtiera y comprendiese, sentiría frío en los tuétanos.

El ataúd fué colocado sobre unas angarillas, cuyos brazos asieron cuatro robustos mozos; ordenose el cortejo y detúvose en la encrucijada, donde los sacerdotes empezaron á entonar la acostumbrada lúgubre canturia. En esto, una de las acompañantes, limpiándose con la punta de la mantilla los ojos arrasados de lágrimas, abrióse paso, se acercó á uno de los curas encapados y entrególe unas monedas. Tras de aquella mujer, hizo otra lo mismo, y tras de ésta, muchas más, hasta el punto de semejar el bonete del cura hucha concejil. Los compañeros del colector miraban de reojo el número de los donativos, y sin duda iban á esto acomodando el de los responsos, que terminaban con sendas sacudidas del hisopo habilmente manejado por el párroco. Y seguían cayendo monedas en el bonete, borrosos latines de labios de la clerecía, gotas de agua bendita sobre el negro paño; y en tanto, como ántes, la luz del sol henchía el azul risueño cielo, enamoraba la tierra con templadas caricias y movía á los seres vivientes al regocijo y al placer. Todo lo sombrío, todo lo mudo, todo lo muerto, parecía estar encerrado dentro de aquellas cuatro tablas que descansaban á cuatro dedos del lodo. Hubo goloso gorrion que tomando unas pajizas briznas, que allí dejaran las sogas, por algo bueno para su apetito, posose con desvergonzado alarde sobre el ataúd, golpeó en él con su pico, y tornó á los aires burlándose de sí propio...

La sarta de responsos terminó al fin, y la procesion volvió á la iglesia, en cuyo pórtico quedó el cadáver, mientras adentro se cantó la salmodia y la misa con solemnidad no muy usada en aquella pobre parroquia. Terminado que fué el funeral, condujéronse los mortales despojos al reducido cementerio situado á espaldas del templo y á honda fosa preparada de antemano. Escasa parte del acompañamiento logró penetrar en el mezquino recinto y presenciar acto tan desconsolador; y después que las primeras paladas de tierra cayeron ruidosamente sobre la caja, ocultándola á las inquisitivas miradas, quedose solo en su faena el enterrador, inclinado hacia el sue-

lo, moviendo, al par que los brazos, los labios, como si cuchichease con la muerte.

Poco después, oíase en el pórtico de la iglesia el clamoreo descompasado de los chicos de la escuela y la voz poderosa de D. Baltasar, que daba órdenes y formulaba amenazas, apaleando la mesa por vía de acompañamiento; en la casa del cura, alborotaban á su vez y á su modo los ya repletos presbíteros, sentados en torno de una mesa que tenía por tapete peluda manta; los labradores habían vuelto á sus faenas, las mujeres á su trágico casero, y Blas.... Blas seguía tendido de bruces al pié del alto bardal.

Corriendo á campo travieso, tal como le dejáramos, vino á dar á aquel sitio frontero á su casa, y quedó atónito, convulso, horrorizado, ante el espectáculo que malamente describimos. Sus párpados estaban levantados, inmóviles; mas cayó de súbito ante sus pupilas un velo de tinieblas; serpeó por su cuerpo hielo mortal, salió de su pecho una queja honda estertorosa, y vino al suelo como herido de un rayo. Nadie le había visto, nadie le acorrió; el sol penetraba á través de las zarzas y de los arbolillos escuetos y describía sobre su espalda inquietos trazos de sombra; pegajosa limaza de subido color, marchaba con tardas contracciones sobre una de sus manos.

Cuando Blas empezó á recobrar el sentido, ya no quedaba rastro de la fúnebre ceremonia; ni ruido de pisadas, ni cantos tristes, ni doble de campanas. Hizo un gesto de dolor, irguió un poco su cabeza y movió ligeramente sus miembros entumecidos. Parecía no darse cuenta de nada. Sus ojos, mirando al ras, fijábanse en las altas yerbas que imitaban intrincada selva, donde el oscuro gusanillo y la ágil hormiga hacían papel de hocas fieras y temidas serpientes. Elevó luego la mirada y, por un hueco de las entretegidas ramas del seto, descubrió un verde prado de suave declive en el que pastaban tranquilamente tres vacas de rojiza piel, un ternero manchado de blanco y una panzuda yegua; y vió acercarse á ésta un muchacho con el brazo extendido y el paso receloso, y que engañado el animal, le salía al encuentro y se dejaba sujetar por el astuto zagalico que, caballero en pelo, abandonaba después aquel lugar conduciendo delante su ganado. ¡Cuántas veces había hecho él cosa semejante!... ¡Cuándo? ¡Dónde?... Años atrás, en su aldea, en un prado como aquel, en el mismo prado acaso.... ¡Era esto posible? ¡Estaba él allí?...

Blas, al tener conciencia del sitio en que se encontraba, estremeciose de piés á cabeza, y fué este estremecimiento, por el pronto, de sorpresa y alegría. El relámpago pasó fugacísimo, y tras el relámpago vino la explosión: un trueno confuso, creciente, prolongado dentro del cerebro. Blas púsose en pié como empujado por un resorte, asomóse de nuevo por encima del bardal, contempló la casa blanca, cerrada por todas partes, el palomar, el lagar, el establo, la quintana... y otra vez la realidad abrumadora de su desgracia cayó sobre su alma padecida. Esta vez el dolor, más piadoso, logró abrirse camino y salir fuera en profundos sollozos y abundantes lágrimas.—Madre de mi alma! madre de mi alma!—repetía el hijo abandonado, con recatada voz, en su escondrijo. Porque es de advertir que Blas, primero sin darse razón de ello y más tarde por enmarañada y temerosa cavilación, rehuía que persona alguna notara su presencia, y ahogaba su angustia y agarbábase como alimaña arisca al escuchar cerca rumor de gentes.

Sabía que su padre, ignorante de su vuelta, no estaba allí; y además ¿qué otra cosa haría, de ir en su busca, que provocarle á ira y aumentar sus tormentos? Sus antiguos amigos de la aldea, ¿acaso no eran cómplices en aquel daño irremediable? Para qué verlos y oírlos? Como si la desgracia positiva fuese pequeña, el infortunado daba por hecho que aquellas sus novelarias políticas y los disgustos domésticos consiguientes, habían precipitado tan luctuoso desenlace. Esta idea terrible, que solo andando el tiempo debía desechar, tras de conocer y apreciar cumplidamente los pormenores del suceso, le atormentaba de indefinible manera. ¿Por qué había partido? por qué había obedecido los ciegos impulsos de su fantasía? ¿por qué había escrito aquellas líneas, aquellas cartas malhadadas? Ah! de haberse quedado en la aldea, de haberse consagrado solo á sus obligaciones, de no haber hecho todo lo hecho, aún viviría su madre, aún sonaría en sus oídos su amante voz. aún gozaría de sus caricias, aún la estrecharía sobre su corazón...! ¿Qué existía en el mundo mejor que lo perdido? ¿Dónde hallar algo más espantoso que su presente desamparo?

La luz fué haciéndose escasa: los días del invierno son muy cortos. Blas, el supuesto criminal, recibió la noche como un favor; ya era más difícil que humanos ojos le descubrieran. Aquel cielo caprichoso, tan despejado algunas horas ántes, se cu-

brió, al llegar el crepúsculo, de difusas nubes; también los ojos de lo alto estaban velados. Blas oyó el toque de oración, el toque de ánimas, y siendo ya densa la oscuridad y grande el silencio, deslizose como un fantasma hasta acercarse á la puerta de su casa y sentarse en el umbral, desfallecido y febril. Era un mendigo huérfano, que pedía á las piedras una limosna para el desgarrado corazón.

El latido de vigilante gozque, le obligó á emprender la marcha. ¿A dónde iba?

Pocos momentos después, un hombre rondaba al rededor del cementerio. Era él, que, palpando con ambas manos las agrietadas tapias, halló al fin lo que deseaba. Trepó como un gato, y cayó dentro del misterioso albergue de los muertos. Rezos, lloros, quejidos, besos: todos los extremos del cariño y de la pena, tuvieron allí su expresión más viva y conmovedora. En un instante de ansia veheméntísima, las crispadas manos arañaron la tierra removida y húmeda, para á seguida acariciarla con blandas palmadas, en tanto que la garganta del desventurado modulaba inarticulados sonidos de cariñosa cadencia.

Blas acertó al cabo á separarse de aquel lugar. Cabalgó otra vez sobre el muro como un ginete ebrio y descolgóse de un golpe. Al afirmar sus piés en el suelo, tropezó con un objeto viviente que se agitó de súbito dando al aire lastimera queja. Blas, asustado, lanzó un grito, dió un salto, y mirando en derredor, distinguió un negro bulto á corta distancia.

—Zora! dijo Blas entre temeroso y confiado.

El negro bulto respondió á su manera y aproximose poco á poco.

Blas no se había engañado: era el perro fiel de su casa, el animal querido que velaba sin duda cerca de la solitaria mansión donde dormía aquella noche su cariñosa dueña.

—¡Zora, Zora! repitió Blas.

Y el animal, reconociéndole á su vez, prorrumpió en ladridos breves, agudos, expresivos; saltó lleno de júbilo, y acabó por poner sus robustas patas delanteras sobre el pecho de Blas. El hombre y el perro se abrazaron con efusión extraña largo rato. El primero, sintióse confortado por un amigo inocente y leal, y alzó á lo alto los ojos como si diese gracias á Dios por tal merced; la noble Zora, no acababa de demostrar la alegría que le causaba tan feliz encuentro, lo único que podía hacerla desertar de su puesto.

Como dos buenos compañeros pusiéronse en camino; muy despacio al principio, con paso rápido luégo. Zora iba delante, y y volvía de cuando en cuando la cabeza para cerciorarse de que Blas la seguía. Blas volvía también la suya; pero á él no le seguía nadie....

¿Quién había de decir que la gallarda Zora estuviera destinada á conquistar los frívolos arrumacos de la perrería cortesana?

(Continuará.)

LA EMIGRACION EN ASTURIAS.

Como documento de oportunidad y por varios conceptos digno de ser conocido, podemos hoy ofrecer á nuestros lectores el informe que la Sociedad Económica acaba de dar sobre el palpitante problema de la emigracion. Suscríbele la comision de su seno nombrada al efecto, con cuyo criterio estamos perfectamente acordes.

Dice así.

Los que suscriben, honrados en sesion de 9 del corriente con el encargo de ocuparse en el dictámen que á esta como á otras corporaciones ha tenido á bien pedir el Gobierno, sobre un punto verdaderamente interesante para el país, han procurado reunir y unificar los escasos elementos de que podían disponer, con toda la brevedad que el caso requería; y como resultado de ello, ofrecen á la superior y respetable consideracion de la Sociedad, el siguiente proyecto de contestacion al interrogatorio oficial:

La Sociedad Económica asturiana de Amigos del País, comprendiendo la trascendental importancia de la Real orden de 16 de Agosto de 1881, encaminada á procurar datos é informes que ilustren á la Comision nombrada para estudiar y resolver con acierto el vital problema de la emigracion, y deseosa por su parte de contribuir á aquella benemérita obra, se dispone á contestar al interrogatorio transcrito, después de haber considerado, dentro del escaso tiempo que se le ha concedido, con la atencion adecuada, el asunto, siquiera lamente no estar en posesion de muchos datos y noticias altamente interesantes y que serían de gran precio para definir el carácter y señalar los efectos de la emigracion en nuestra provincia, una de las más favorecidas por este remedio natural, providencial, que diremos, de evitar el pleno de poblacion, ó de las más azotadas por esta plaga; que no han de entrar

los que suscriben ahora y sin más, en la calificacion de aquel fenómeno.

Por de pronto, y como preliminar necesario para darse clara cuenta de lo que son y significan las emigraciones en Asturias, y también para que la contestacion á las preguntas que nos dirigen los Centros directivos sea lo más completa posible, bueno será que conste que los habitantes de la provincia emigran voluntaria, individual y temporalmente, con vista, casi siempre, á la madre patria, á quien consagran y conservan afectuoso recuerdo de cariñosos hijos, lo cual se traduce en la prestacion de todo género de auxilios á cuantos paisanos puedan necesitarlos fuera del país nativo.

1.^a

"Los habitantes de esa provincia emigran sistemáticamente fuera del territorio español? En caso afirmativo, ¿á qué países se dirigen? ¿Cuál es el número anual de emigrantes, clasificándolos por sexos y edades, si fuese posible, y enumerándolos desde la fecha en que existen datos fidedignos."

Los asturianos salen de la provincia y de España, con el fin de buscar fortuna; pero, ni cabe asegurar que lo hagan por sistema, tal como acontece, por ejemplo, en la emigracion á Cuba, ni tampoco en gran número: así que solamente de ciertos concejos de la region oriental, y esto contados individuos, se ausentan con direccion á Méjico, Buenos Aires, Rio de la Plata, Chile, Perú y demás pueblos de América, desmembrados de la antigua y poderosa colonizacion española.

En cuanto á la estadística que se reclama, esta Sociedad no puede tener de ella conocimiento aproximado, ni remoto siquiera: otra es su mision pública, y ya se sabe lo deficientes é inconexos que habrían de ser los datos que adujera, de buscarlos privadamente.

2.^a

"¿Qué causas han producido la emigracion en esa provincia y cuáles han contribuido á desarrollarla?"

Si bien estimaríamos muy pertinente evacuar la tercera pregunta ántes que la que va á ocuparnos, atendiendo á que emigraciones son las interiores como las exteriores, y unas y otras, al ménos en este territorio, suelen obedecer á idénticas causas; preferimos respetar el orden preestablecido y procedemos á hacernos cargo de dicha segunda parte.

Existen, puede decirse, causas generales de emigracion, comunes á todos los pueblos, y causas que debemos llamar regionales. Entre las primeras figura á la cabeza el exceso de poblacion, su desarmo-

nía con la producción total del país, que no de la tierra absoluta y primariamente: el deseo, natural en el hombre, de mejorar de condición y buscar en territorios más ricos los medios de lograrlo prontamente y con pocos esfuerzos: el espíritu aventurero y emprendedor, que, sin informar por entero nuestro carácter, al igual que el de la gente Anglo-Sajona, primeros emigrantes y primeros colonizadores de la presente edad, no deja de imprimir su huella en el asturiano.

Son causas regionales ó locales puramente: el atraso y vida rutinaria de las industrias agrícolas que yacen encerradas en los primitivos y rústicos procedimientos, proveniente, en verdad, de la falta casi absoluta de instrucción técnica que aflige á nuestros aldeanos, no por carencia de aptitud, de capacidad ó de deseos de mejorar y de ponerse á la altura de las naciones adelantadas, aunque otra cosa parezca á los que viendo estas cosas por encima, atribuyen el apego á errores y prejuicios tradicionales, á vicio de raza, cuando procede de la ignorancia, sinó por el lamentable olvido en que los que pueden, gracias á su posición, á su fortuna, tienen al pobre labrador, lejos de animarle con el ejemplo y los recursos para que salga de la apatía que le consume y cultive la tierra como aconseja la ciencia agronómica moderna; por el visible abandono del Estado y de las Corporaciones provinciales y municipales, que no suplen tamaño vacío, ya que los esfuerzos individuales aislados no han logrado romper el hielo que los esteriliza.

Influye también en el atraso de la agricultura, y por ende determina la emigración, la escasez de capitales que aqueja á la inmensa mayoría de los pequeños agricultores asturianos, lo que les obliga á prescindir de los grandes artefactos mecánicos que así elevan al hombre, arrebatándole á la esclavitud del trabajo rudo material, como perfeccionan y abaratan el producto y favorecen al consumidor sin que pierda el fabricante.

La misma penuria de capital afecta á las industrias extractiva, fabril y comercial, que, aunque en situación más próspera, no lo están tanto como fuera lícito esperar de los poderosos auxilios naturales con que Asturias cuenta;

Lo excesivo de los impuestos en sus múltiples formas, que gravan al contribuyente productor y le compelen á elevar el precio de los géneros con sus consecuencias inmediatas y precisas, imposibilidad de sostener la competencia, dificultad de ventas, y por consiguiente, reducción del trabajo y falta de empleo de brazos, que se ven obligados á abandonar el país y á buscar fuera la ocupación que no encuentran dentro;

La carestía de las mercancías extranjeras, grava-

das con tributos mal llamados protectores de la industria nacional, que cercenan considerablemente los rendimientos y hacen casi imposible la vida de las familias dilatadas, como lo son las de esta provincia;

La falta de fáciles comunicaciones con los principales centros de producción y consumo del resto de España y países extranjeros, que encarece, como es lógico, el precio de los artículos importados, dificultando la existencia material y restringiendo la industria provincial, con notable perjuicio del obrero y del capitalista, obligando á emigrar á aquél y á colocar á éste fuera del elemento productivo que posee.

Contribuye indirectamente á fomentar la emigración en Asturias, la excesiva altura del interés que obtienen los capitales colocados en lo que se denomina especulación, papel del Estado, acciones de los bancos, comparado con el escaso que rinde en las empresas industriales; producto indudable del privilegio que tienen los primeros, descargados de todo impuesto, mientras que los segundos se hallan materialmente agobiados por gabelas múltiples, lo cual, unido á la facilidad de la administración de aquellos, que se reduce á cobrar en tiempo prevenido de antemano los dividendos, sin más trabajo ni fatiga, da lugar á un marcado desequilibrio en la esfera económica, extrayendo así los capitales del país, y privando á la industria de tan indispensable elemento. Y que esta no es mera declamación, lo saben cuantos conocen algo nuestra provincia y la distribución y aplicación de su riqueza, pues que por todas sus poblaciones pululan multitud de rentistas que, si moran en la provincia, no impulsan con sus fondos la producción del país.

El halagador ejemplo de considerables fortunas adquiridas fuera de la patria, en poco tiempo, que arrastra fácilmente al que vive de ordinario en continuo combate por la existencia, y le hace concebir risueño porvenir que contrasta con un presente de trabajos y privaciones; y por último, los repetidos llamamientos que hacen, y seguras colocaciones que ofrecen los parientes y amigos que emigraron y se establecieron ántes, y que son aliciente e muy bastante para arrancar de sus hogares á los que en ellos viven casi en la miseria; tales son, apuntadas ligeramente, las principales concausas que, ya general, ya particularmente, de una manera inmediata ó de un modo indirecto, determinan la emigración asturiana.

3.^a

''Los naturales de esa provincia se dirigen á otra de España en busca de trabajo? En caso afirmativo, señalar las épocas y condiciones de ese movimiento

y la preferencia que puedan dar á la emigracion al extranjero. En caso negativo, indicar las razones que impidan la salida de trabajadores de esa provincia para otras de España."

Precisamente la principal corriente de la emigracion asturiana se dirige á otras provincias españolas, con preferencia al extranjero. Cuba atrae, en especial, á los asturianos, que ya de antiguo forman una gran parte de la poblacion de la isla, en donde se distinguen por su constancia y asiduidad en el trabajo, y por los eficaces auxilios que mutuamente se prestan. Es de advertir, que la facilidad y rapidez de las comunicaciones con las Antillas, imprime un carácter de temporalidad y periodicidad á la emigracion; y se observa, que muchos de los que se ausentan vuelven al cabo de algun tiempo, para depositar en la tierra natal el fruto de sus economías y visitar á sus familias, pasan en la provincia una corta época del año, el verano sobre todo, y emprenden en el otoño su viaje de regreso.

Suministra la mayor cantidad de emigrantes á Cuba, la region ó zona marítima: los habitantes del interior, ó salen para otros puntos de la península ó más apegados al terreno, prefieren la escasez á la vista de sus montañas, á la abundancia en país lejano.

Importa mucho, para conocer en detalle la emigracion asturiana, hacer breves consideraciones sobre las parciales que se verifican á las demás provincias españolas del continente. Es considerable el número de paisanos nuestros que van á buscar en Madrid colocaciones que no encuentran fácilmente en su patria, y bien puede afirmarse que los concejos de Occidente surten de personal á las empresas de coches de alquiler y carruajes particulares, dedicándose muchos á los oficios de cocineros y marmitones, en gran número á los de carboneros, vinateros y criados de servicio, siendo muy de apreciar lo buscados que son y la estimacion que merecen en cargos de tanta confianza como cobradores del Banco de España y de casas de comercio. Los pueblos del Oriente de Asturias, tambien mandan á Madrid un buen contingente, que se ocupa principalmente en el transporte de agua, desde las fuentes públicas á las casas particulares, y se portan con honradez proverbial.

Muchos habitantes del centro, en especial Cángas de Onís, Infiesto, Caso, Sobrescobio, emigran á las provincias andaluzas, donde sus servicios en los grandes almacenes de vinos, son muy solicitados. Generalmente, trascurridos algunos años, suelen unos y otros volver al país para colocar sus ahorros y pasar una temporada en compañía de sus familias, y casi todos, al cabo de cierto tiempo, concluyen por establecerse en definitiva en el pueblo natal.

Dos palabras hemos de decir de otras emigraciones periódicas que salen de Asturias en épocas dadas del año, en direccion al interior de España, y en particular á las Castillas, Santander y provincias vascas; nos referimos á los *segadores y tejeros*. Los primeros abandonan el país á principios del verano y se encargan de la faena agrícola que revela su nombre, en los prados, á diferencia de los gallegos que la practican en las mieses: pasan de provincia á provincia, para lo que combinan su expedicion de manera que comience en las que por sus condiciones climatológicas y topográficas ofrecen más pronto el fruto, y termine en aquellas en que es más tardío.

Esta emigracion, que tiempo atrás era muy importante y productiva para la provincia, va restringiéndose de año en año, sin duda por el inconsiderado afan de roturar terrenos con destino al cultivo de cereales, que se apodera de nuestros agricultores, con grave daño de la produccion de la tierra y de la riqueza nacional. Los fabricantes de teja, oriundos en su mayoría de las municipalidades de Rivadesella y Llánes, se marchan en Mayo y vuelven hacia Octubre, encargándose, como hemos dicho, de confeccionar este material de construccion en casi todas las provincias de la meseta central y del Septentrion de España.

4.^a

"¿Qué medios podrán contribuir á contener ó á variar la corriente de la emigracion?"

Conocidos los orígenes próximos y remotos de la emigracion, no será maravilla dar con los remedios que deben oponérsele, dentro siempre del respeto que merecen el derecho y la libertad humanos, que ni los particulares ni los gobiernos podrán nunca hollar sin grave daño de la naturaleza del hombre, que no toleraría mucho tiempo los obstáculos opuestos á su vida y desarrollo, y rompería en revoluciones y alcanzaría por la fuerza lo que por voluntad se le había negado.

Si el desequilibrio entre la poblacion y las subsistencias es causa sobrado abonada de emigracion, debe armonizárselas, y no á medio de prescripciones legales é imposiciones que reduzcan la primera, siempre absurdas, irracionales y contraproducentes, como nos lo enseña la historia desde Grecia al imperio napoleónico, máxime cuando la densidad de poblacion en Asturias, aunque mayor que en el resto de España, no pugna todavía con la potencia productiva del país (1); sinó procurando el desen-

(1) Buena prueba de esto, la tenemos comparando las densidades relativas de poblacion de ciertas naciones más populosas que la nuestra, y en las que

volvimiento de la riqueza, lo cual se obtendrá, á no dudar, protegiendo la instruccion general de que tan necesitado y tan ávido se muestra nuestro pueblo, en establecimientos más completos de enseñanza primaria, y la técnica en granjas-escuelas, estaciones agronómicas, escuelas de artes y oficios, que aprovechen y fertilicen la vocacion y aptitudes naturales de los asturianos para la agricultura y demás artes industriales; en cuya filantrópica tarea deberían ayudar al Estado los particulares y las corporaciones municipales y provinciales, é instituciones de enseñanza y beneficencia más conocedoras de la situacion del país y de los medios apropiados para alcanzar su mejoría y vigor.

Tan indispensable como crear obreros útiles es atraer capitales, elementos ambos indispensables á la produccion económica, que han de vivir en mutuo pacífico consorcio, ayudándose recíprocamente para que la industria prospere, y cuyos antagonismos, hoy frecuentes por desgracia, perjudican á la par á trabajadores y á capitalistas. El concurso de aquel medio, se alcanzará con la disminucion de los impuestos que pesan sobre las clases productoras, con el establecimiento del cambio libre en toda su extension, que si por una parte mataría la industria artificial que arrastra vida lánguida y miserable á costa del comun de la nacion, obligaría á los capitales á tomar el rumbo que les marquen las condiciones naturales del territorio: con la apertura de mercados y centros de consumo, mediante las vías de comunicacion directas y transversales: con la imposicion de tributos adecuados al comercio de especulacion: con la restriccion posible del juego de Bolsa, y, en general, con el planteamiento de un sistema político racional y de una buena organizacion administrativa, que mantenga á la nacion en estado de paz y prosperidad, única atmósfera en que pueden vivir las industrias que, florecientes, exigirían de continuo mayor número de brazos, en vez de despacharlos por falta de muchas de las condiciones que indicadas quedan.

5.^a

“Existen agencias de emigracion en esa provincia? En caso afirmativo, ¿cuáles son las ventajas y garantías que ofrecen á los emigrantes?”

Nada en definitiva puede aducir la Sociedad Económica, porque carece de datos que poseerán indudablemente los centros administrativos; pero se cree que por el momento no existe ninguna regularmente organizada.

Tal es el dictámen que esta Sociedad tiene el ho-

no obstante, no hay apenas emigracion. Así Bélgica tiene 174 habitantes por kilómetro, los Países bajos 110, y Asturias únicamente 40.

nor de elevar á VS., en cumplimiento de la Real Orden fecha 16 de Agosto de 1881, y deplora que la falta de noticias y hasta de tiempo necesario para estudiar cuestion tan interesante, no le hayan permitido hacerlo tan completo como hubiera deseado.

Oviedo 22 de Setiembre de 1881.

José G. Alegre y Alvarez.—Félix de Aramburu y Zuloaga.—Fermin Canella Secadas.—César Argüelles y Piedra.—Adolfo A. Builla y G. Alegre, ponente.

La Sociedad aprobó por unanimidad este proyecto, y acordó dar un voto de gracias á la Comision; voto que toca en primer término al ilustrado ponente Sr. Builla y Alegre.

SOBRE INSTRUCCION PRIMARIA.

LA NUEVA ESCUELA DE SOMIÓ.

I.

Bien penetrados de que la instruccion es una de las firmes bases en que descansa el bienestar y la verdadera grandeza de los Estados; claro es que todo lo que implica su fomento y adelanto viene á causarnos satisfaccion profunda, como á cuantos ansian el bien de sus semejantes y aman con debido amor á su patria. La ignorancia solo puede engendrar vicio y bajeza, favorecer brutales instintos y descarríos lamentables, amparar torpes rutinas y necias preocupaciones. El hombre, para merecer este dictado, necesita cultivar su espíritu, ejercitar las nobles facultades que le constituyen, encender la luz radiosa que ha de guiarle en la vida; si es que esta ha de manifestarse en actos propios y libres, en nobles luchas é incruentas victorias, en fiel expresion de nuestra superior naturaleza.

Hoy que los progresos de la ciencia surgen y se extienden con maravillosa fecundidad y no ménos admirable rapidez; que la industria y las artes reclaman numerosos y hábiles servidores; que el trabajo se dignifica y ensalza, constituyendo el más expedito camino para llegar á altos honores y legítima notoriedad; que las simpatías y las comunicaciones entre las naciones abren al individuo extenso campo donde ejercitar su energia y laborar con fruto, no solo es imposible ver con indiferencia el atraso, la inopia y la incultura de la gran masa popular, pero ántes deben parecer

pocos todos los esfuerzos que se hagan para ponerla en verdadero pié de igualdad ó, á lo ménos, en aquella rudimentaria aptitud que aparece ya casi como inexcusable en la existencia ordinaria y da fundamento á los múltiples empleos de la actividad humana.

La instruccion en general es anhelo generoso de la presente época, mas de singular manera la instruccion primaria. El más ó el ménos en tal ó cual órden de cultura, en tal ó cual ocupacion profesional, podrá ser discutible; en lo que no cabe discusion es en la necesidad de que no haya un solo ciudadano á quien nada se haya enseñado; á quien un libro parezca extraño conjunto de papeles manchados; un número, simple y ridículo garrapato; una cuenta, el imposible de los mancos, y una pluma, palitroque de jáula ó cosa parecida.

En este punto, aunque es cierto que ligeros ó apasionados juicios formulados por extranjeros, han pretendido colocar á España en puesto inferior al que en realidad ocupa, no puede negarse que si establecemos comparaciones con países como Suiza, Alemania, Suecia, Francia, Bélgica, Holanda y otros, aparece harto clara la diferencia en contra nuestra y se advierte cuánto tenemos que esforzarnos para que el nivel de la instruccion general alcance aquí un grado semejante de elevacion. No solo el número de los que reciben la enseñanza es inferior con mucho, sinó que los elementos de todas clases con que ésta debe contar, procedimientos pedagógicos, locales de escuelas, aptitud y remuneracion del cuerpo docente, etc., distan grandemente de lo que se necesita para sostener un parangon honroso. Hasta las mismas medidas que sobre la materia á las veces dictan los gobiernos, tales como la última encaminada á asegurar el pago puntual de la reducidísima cantidad que los Ayuntamientos presupuestan para atenciones tan sagradas, hablan con desconsoladora elocuencia de una incuria y falta de prevision nunca bastante lamentadas, y de una atonía é indiferencia en la vida local y provincial que aparentemente justifica el rancio y absurdo sistema de centralizacion y privilegio.

No es Asturias, por fortuna, de las provincias españolas en que el mal se presenta más grave, y si la asistencia á las escuelas, la calidad de estas y la remuneracion del maestro no ascienden, ni mucho ménos, á la apetecida importancia todavía, los datos que la estadística ofrece, las reformas que se realizan, los proyectos que

se formulan, dicen no poco en favor del país y principalmente de los municipios que por su situacion y sus recursos están obligados á marchar á la cabeza del progreso en este órden. Cabalmente el motivo que origina estas breves reflexiones, nos proporciona ocasion de aplaudir el celo que por la enseñanza viene demostrando de tiempo atrás el municipio de Gijon; y es este motivo, la inauguracion del nuevo local destinado á escuela de niños y niñas en la pintoresca aldea de Somió, inmediata á la floreciente villa.

II.

La escuela de Somió es una de las siete construidas de nueva planta por aquel municipio, con la subvencion del cincuenta por ciento que la ley otorga. La enseñanza primaria, en la parte rural del concejo de Gijon, como en la mayor parte de las aldeas de Asturias, viene prestándose en los pórticos de las Iglesias; en sitio, por tanto, perfectamente desprovisto de condiciones para el caso. La necesidad de proporcionar locales convenientes, es, pues, manifiesta, y mucho significa lo que allí acaba de hacerse, no bien aprobado el expediente que con noble celo hubo de incoarse por la Junta local, y lo que para lo sucesivo se promete. Veintidos son los distritos rurales, mas ya es algo haber dotado á siete de ellos con edificios levantados exprofeso con destino á la enseñanza. El de Somió, que fué el que gustosos visitamos, está sin duda dispuesto con inteligencia, pero advertimos en él algun defecto que en otros, y en parte en éste, merece subsanarse. Dado lo húmedo y lluvioso del país, procede que el piso de la escuela se levante un metro, ó poco ménos, sobre el terreno, y que en el ingreso haya un cobertizo, á manera de pórtico, donde los niños se preserven de la intemperie mientras esperan la hora de entrada, y dejen las madreñas, que es su calzado usual. Tambien creemos que las ventanas deben ser más rasgadas y provistas en su parte superior de un montante movable, de modo que, sin daño para aquellos, se establezca saludable ventilacion; y, por último, la falta de cielo raso que en la escuela de Somió advertimos, á parte de lo que implica para el mejor aspecto, perjudica para el aseo.

Echando por delante estos pequeños reparos, estamos ya obligados á expresar sin reserva la satisfaccion que hubo de causarnos la aludida visita. Antes de entrar en la casa-escuela, vimos ya una faja de tierra

destinada á pequeños jardines, que nos recordó lo que el sistema Froebel hace con un elemento que tanto adecua con lo que es y significa la infancia. Fomentar en los pequeñuelos el deleite por los incomparables primores de la naturaleza, interesarlos en su conservacion y cuidado, es disponer su tierna alma para los sentimientos dulces y la próspera solicitud que hace simpático el carácter del hombre.

Apénas pusimos los piés en la espaciosa sala, advertimos en ella una apariencia risueña y grata que plenamente nos satisfizo. Las blancas paredes están casi totalmente cubiertas de cromos vistosos en que se representan pasajes de la Historia sagrada, asuntos zoológicos, botánicos, astronómicos; mapas de varios tamaños; tablas matemáticas; muestras de dibujo geométrico; carteles de lectura y letras movibles de gran tamaño; máximas morales, en claros y coloridos caracteres; encerados, pizarras, modelos del sistema métrico etc. etc. Filas de bancos y mesas firmes y cómodas, con su correspondiente servicio de objetos para la escritura, arreglados á lo que en tal menaje y accesorios se emplea hoy con preferencia; la ancha plataforma donde el maestro tiene su casi lujosa mesa, estratégicamente situada para la más fácil y completa inspeccion; detalles tan significativos como el ya preparado cuadro de honor, donde, dentro de lucida orla, han de inscribirse los nombres de los alumnos distinguidos, los tiestos de flores colocados en los huecos de las ventanas, varios aparatos de física, como termómetro, nivel de agua etcétera, distribuidos en debida forma, un gran surtido de libros de consulta y de enseñanza; todo revelaba una mano experta y generosa que nada escatimara para que la decoracion y los elementos de aquel templo de la inocencia y de la ilustracion respondiera de cumplido modo á los apetecidos civilizadores fines.

Aquella mano no estaba léjos, y pronto la estrechamos con efusion. Nuestro muy distinguido particular amigo D. Aciselo Fernández Vallin, hijo amantísimo de su provincia y devoto ferviente de la instruccion popular, era el que nos había invitado á ver la nueva escuela, y es el que la dotó y engalanó tan espléndida y acertadamente. Algo, mucho, había también allí que trascendía á delicadeza y gusto femeninos, y por eso al lado de nuestro amigo se encontraba su discreta y obsequiosa señora, complacida de su obra, como es bien estarlo de todo lo que entraña un acto cris-

tiano, un servicio prestado al pobre y al ignorante.

El Ayuntamiento de Gijón puede felicitarse de veras de contar con un auxiliar tan entusiasta como el Sr. Vallin, ya de atrás y en otras partes conocido por aficiones y actos tan relevantes. No solo la de Somió mereció sus favores, sino que todas las nuevas escuelas recibieron donativos semejantes, y justas fueron, justísimas, las pruebas de afecto y consideracion, los testimonios de gratitud sincera que recibió el día en que quiso proporcionarnos visita tan aprovechada y agradable.

Más importantes eran sus proyectos; no lo ignoramos. Nuestro amigo pensó en organizar una verdadera fiesta á la que fueran llamados los niños más distinguidos de diversas escuelas, para sufrir un solemne exámen y recibir valiosos premios; pero aunque el programa de fiesta tan desusada por acá, perfectamente concebido, circuló impreso en un elegante folleto y llegó á nuestras manos, motivos ajenos á su voluntad, harto lamentables por cierto, hicieron fracasar el intento que, al fin, se realizará el año próximo. No obstante, aunque á nosotros no nos fué dable presenciárselo, sabemos por lo dicho en la prensa local, que el acto de inauguracion de la nueva escuela estuvo brillante y concurridísimo, acudiendo á ella el Ayuntamiento y la Junta de instruccion primaria, muchas personas distinguidas de Gijón, y gran concurrencia de aquellos contornos; quienes consignaron en las páginas de un álbum sentidas expresiones de pláceme y reconocimiento. Allí hemos puesto por anticipado las nuestras, en union de dos dignos compañeros, y aquí las ratificamos como tributo inexcusable que quisiéramos prestar con frecuencia á hombres que mostraran tan palpablemente su amor al país y á la causa del positivo progreso.

III.

De propósito hacemos párrafo á parte, ántes de terminar.

Una consideracion nos asalta que contrasta con lo anterior, en cuanto no tiene nada de agradable, pero que es de todo en todo oportuna.

El maestro propietario de la flamante escuela de Somió, cuenta ochenta y dos años de edad y tiene formado el expediente para jubilarse á razon de 625 pesetas de sueldo anual. Las jubilaciones de los maestros no están muy claras, y deseamos que el pobre veterano de la enseñanza la

consiga. El que allí vimos, desempeña su cargo en calidad de interino y goza de haber, según esta calidad, *trescientas doce* pesetas al año. ¿Es posible que con asignación semejante, el personal de la enseñanza primaria reúna condiciones de aptitud, sienta verdadero estímulo y trabaje con decidido empeño en su noble labor? ¿Compadécese con aquel edificio claro, alegre y rico, esta situación oscura, triste y misérrima del llamado á dirigirle?

Hé aquí de que modo lo que pensamos que fuese ameno relato, concluye con el dejo amargo de lamentación jeremiaca. Otro día le haremos desaparecer, relatando lo que Oviedo, á su vez, hace en la actualidad por el desarrollo y mejoramiento de la enseñanza primaria.

F. DE ARAMBURU.

Á PROPÓSITO DEL LIBRO

DE D. LEOPOLDO ALAS,

"**SOLOS DE CLARIN.**"

Cualquiera, al ver el título de este libro, habrá podido figurarse que de ligera materia y cosas de poca monta trataría, de no haberse fijado en el prólogo excepcional de Echegaray y en la lista de autores que en su cubierta promete analizar; pero en medio de lo gracioso de la forma, de la finura del chiste, de ironía sarcástica en ocasiones, se destaca el pensamiento profundo que lo informa todo, y los lectores no pueden menos de admirar la erudición vastísima, la exactitud de juicio, y el gusto, refinado con el estudio de la estética, que manifiesta su autor.

Nosotros no vamos á hacer la crítica de este libro de crítica, por más que nada se escape de ella: nos limitaremos á señalar ciertas originales observaciones que, revelando toda la agudeza del ingenio, ponen en movimiento la reflexión y llevan como por la mano, hasta hacer palpar á uno mismo la falta casi absoluta de criterio y la defectuosa manera de apreciar las cosas que tiene esa parte del público, instruida á medias, que puede pasar por vulgo todavía.

Véase que modo de empezar uno de los primeros artículos con motivo de la muerte de Amador de los Ríos:

"Un cronista, de cuyo nombre no quiero acordarme, daba la triste noticia del fallecimiento del ilustre profesor, con este exabrupto: "Dos plazas de académico quedan vacantes, etc. etc."

"Este aviso á los aficionados, entristece. Todavía se explica, por aquello de la lucha por la existencia, que ántes de morir un funcionario público con sueldo, los candidatos al destino disputen la presa: ¡hay

tanta hambre!, pero tratándose de pompas y vanidades, ¿á qué viene esa impaciencia?

"Lo que *quedó vacante*, señor cronista, á la muerte de Amador de los Ríos, fué un lugar en la república de las letras, lugar que, según las señas, en mucho tiempo no hemos de ver ocupado."

Esta increpación está en su lugar; es, en efecto, la posición oficial, lo único, dejando á parte el dinero, que revela el mérito y se atrae el respeto en nuestro país.

Nuestros hombres de letras ó de ciencia saben esto, y apenas hay ninguno que, pudiendo, no procure representar algún papel en la política ó en la administración, ó ingresar, por lo ménos, apelando á todas sus relaciones y amistades, en alguna Academia; cosas que les hacen perder un tiempo precioso, y para las cuales pequeña vocación ó ningún mérito suelen tener.

Es esto propio de pueblos atrasados, donde la gente se ha acostumbrado á ver que el poder es todo y la inteligencia nada.

En Egipto, por ejemplo, sucede lo mismo, habiéndose visto obligado el gobierno del *Khedive* á dar el título de *Bey* al ilustre Mariette para que el pueblo le respetase un poco.

Por la misma razón, queremos creer, hemos tenido aquí y tenemos á nuestros mejores poetas empleados en las más incómodas y absurdas posiciones para ellos: Ayala, fué presidente de las Cortes; Campoamor, Director general de Sanidad; Ruíz Aguilera, Jefe de negociado; Nuñez de Arce no sabemos qué; y solo, en cambio, Zorrilla, el famoso y popular Zorrilla, que no fué nada, absolutamente nada, ni siquiera jefe político, apenas encuentra un saludo cuando vá por las calles de Madrid.

Donde quiera que brille un átomo de ingenio ó que aliente un poco el estro poético, la administración los envuelve en sus prosáicas redes y hace lo posible por ahogarlos á fuerza de darles lustre. Balaguer, Manuel de Palacio, Eusebio Blasco, Grilo, sirven para ministros, gobernadores, oficinistas, desde el momento en que saben hacer versos.

Y á falta de esto, ser académico: única y sólida cualidad respetable que encontraba en Amador de los Ríos el vulgar cronista.

En esta indiferencia, rayando casi en desprecio, que siente una gran parte del pueblo por los hombres de letras y los sabios, es preciso culparlos á ellos mismos.

El saber y la ciencia han perdido toda la parte de relumbrón y farsa con que se adornaban en la antigüedad, y que se conserva aún en los históricos trajes del profesorado en días de gala: togas, borlas, mucetas y colores chillones de las facultades. Todo ello estaba perfectamente inventado para obrar en la imaginación del vulgo, y hacer venerar una clase

de hombres que con tan ostentosos ornamentos se les presentaban. Y si á esto se añade una grave y seria apostura, pausados movimientos, y un decir enfático en todas las ocasiones de la vida, los sabios antiguos no podían ménos de pasar por infalibles oráculos y poseedores de la verdad, á los ojos del ignorante público.

En lugar de esto, los doctores modernos se visten á la moda y hacen públicamente el amor, rien y se divierten, y hablan de todo un poco, si llega el caso. con cierto tono escéptico y burlon. Cualquiera que pueda ser su sistema favorito, le relegan al más apartado rincón de su cerebro, en cuanto del gabinete salen, y no hay doctrina que tenga trascendencia en los actos exteriores de su vida. Afables y corteses en el trato social, tolerando todas las opiniones, no se toman el trabajo de hacer prosélitos y dejan á cada uno con la suya, siendo ya de mal tono la disputa en la conversacion, y el afirmar y el negar en ciertas cosas, que ellos mismos confiesan que no se pueden saber á punto fijo.

Pero el pueblo prefiere tener fé en alguna cosa, y no se satisface con la duda; busca ante todo una afirmacion, aunque sea ésta la de la negacion más absoluta. Todo ántes que la duda. Los doctores de ahora no pueden darle esa fé, y acaso por eso instintivamente los desprecia. Y además: ¿qué ha de parecer un sabio vestido de americana y hongo, sencillo en sus maneras, sin autoridad en sus palabras, sin hacer ostentacion de sus conocimientos y tratando de igual á igual con ignorantes, incapaces de apreciarle jamas en lo que vale?

Esa preciosa cualidad, conocida con el nombre de modestia, llega á ser en ellos un defecto, porque les quita consideracion y autoridad, que los necios solo otorgan á las apariencias.

La sencillez en el sabio es una cosa mala. Ved todos los hombres que han influido en los destinos humanos: ninguno fué modesto. Dejando á parte á César, Napoleon, y otros conquistadores que dieron pruebas de un orgullo monstruoso, sin el cual no hubieran hecho lo que hicieron, los que se limitaron á ejercer una influencia moral ó á realizar un cambio religioso: Gregorio VII y Lutero, José Smith como Savonarola, tampoco tuvieron nada de modestos.

Parece que no es posible, por más que se diga, tener carácter sin tener orgullo. Es cierto que hay modestias fingidas que se salen, como suele decirse, con la suya: pero en la lucha del mundo y de la vida el hombre verdaderamente modesto, está perdido.

Este orgullo, legítimo sentimiento de la propia dignidad, y estimacion que está muy léjos de la petulancia y de la soberbia, lo tuvo en alto grado Amador de los Rios, sin que por esto el vulgo le

considerase más; y es que no basta su significacion en alguna eminente personalidad, sinó que ha de ser orgullo de la clase entera, si se quiere infiltrar en la opinion el respeto á la sabiduría.

Los antiguos doctores comprendieron esto mejor que los modernos, y los juristas y los teólogos supieron hacer respetar sus ideas y acaso sus errores, más que con lo luminoso de sus doctrinas, con la majestad de sus personas.

Todo ese fondo de ideas heredadas y de preocupaciones que informan el pensamiento vulgar, fueron casi todas adoptadas sin exámen en un principio, gracias á la aparatosa afirmacion con que las expusieron sus autores.

El vulgo hará siempre más caso de una toga que de un gaban; de una mitra, que de un sombrero; de un rostro serio, que de una cara sonriente; de un tono grave, que de maneras sencillas; de una afirmacion, que de una duda.

Conviene tenerlo en cuenta, para comprender cómo la simple reproduccion de ideas antiguas, adquiridas de aquel modo, ó de las que están en armonía con ellas, hace simpático á los ojos del vulgo al que de nuevo las predica. Tal arraigo tienen en la opinion, sancionadas como están de muy antiguo, y repetidas siglos tras de siglos por labios que han sabido prestarse autoridad.

Es precisamente esta armonía de las ideas preconcebidas con la erudicion más ó ménos vasta de ciertos sabios, lo que forma en el medio de un público vulgar su reputacion, supliendo á veces el verdadero talento y la falta de creadora originalidad.

Así se explica la fama colosal y anticipada del jóven catedrático de la Universidad central, D. Marcelino Menéndez Pelayo, á quien dedica elogiadoras frases, en el segundo de sus artículos criticos, el Sr. Alas.

Tiene, en verdad, el ya ilustre profesor, relevantes cualidades: una aplicacion al estudio como no se ha visto acaso nunca en España; un instinto investigador que le lleva á descubrir los más pequeños y desconocidos pormenores, y un gusto exquisito, y como innato en él, revelador de las bellezas ocultas.

Esto basta para hacer de él, sin duda alguna, el maestro primero y sin rival de la literatura española, pero no basta ya en el siglo XIX para hacer la reputacion universal de un sabio.

Hay hoy una porcion de cosas en el cielo y en la tierra, como diría Hamlet, que desconoce el señor Menéndez Pelayo, ó que no ha podido comprender su filosofía. Su portentosa erudicion no salva las fronteras de la literatura, y si penetra en la historia, su criterio no se atreve á franquear tampoco los límites estrechos de la ortodoxia, para poder ser imparcial y justo, como conviene á un buen historia-

dor. Su pensamiento tímido y asustadizo, no es capaz de descubrir más horizontes que los marcados desde la edad media con el entreabierto compas de la escolástica. Su talento, donde se columbra nada más una virtualidad poderosa, no puede, por más que hace, encontrar ninguna nueva importante relación entre las cosas, como el de Victor Hugo, por ejemplo; y es que se mueve como satélite esclavo en la órbita de un planeta, en vez de esforzarse por buscar el sol. Sus estudios, grandes y profundos en el detalle de la especialidad, son los mismos que hubiera podido hacer en el siglo XVI. Todo lo que de entonces acá se ha conocido, observado, demostrado, si es que lo sabe, es todo letra muerta para él, ó por lo ménos, no sabe sacar las consecuencias, faltando en su cabeza, ¡cosa extraña!, estando tan bien organizada, el principio de la causalidad.

De haber nacido en ese siglo XVI hubiera seguramente sido el émulo y el rival de Erasmo, con quien tiene una semejanza grande y singular. Su erudición es de la misma estofa; el mismo conocimiento exacto y minucioso de los clásicos, el mismo acopio de datos y notas eclesiásticas, el mismo gusto por las *humanidades*. Acaso, y sin acaso, Erasmo pensaba más libremente que él; pero prescindiendo de esta pequeña diferencia, Menéndez Pelayo es hoy lo que era Erasmo en el siglo XVI.

Casi todo lo que hoy sabe Menéndez Pelayo, Erasmo lo sabía ya en su tiempo, entendiendo por este saber, su filosofía, la generalización de sus conocimientos. Esta generalización era ya tan grande y tan completa en Erasmo como en Menéndez Pelayo.

¿Le parecerá, pues, al ilustre jóven, que merece la pena vivir en este siglo, tres después de la muerte de Erasmo, para no ser, ni saber, ni pensar otra cosa que lo que fué, lo que supo y lo que pensó Erasmo?

¿Se le figurará que las generaciones se suceden y que la naturaleza trabaja sin cesar, por tener el gusto de repetir los mismos tipos físicos, intelectuales y morales constantemente?

¿Qué pobre noción tendrá, pues, del mundo y de la vida el Sr. Pelayo?

Ah! la misma que Erasmo también. Él saldrá de la tierra como este último, sin haber ejercido ninguna clase de influencia sobre la sociedad.

¿De qué le sirvió á Erasmo la gran inteligencia, la prodigiosa memoria, la admirable facilidad de escribir? ¿De qué la erudición pasmosa con que engalanaba sus conversaciones, hasta el punto de ser por ella conocido del célebre Tomás Morus, que habiendo tenido ocasión de hablarle un día, sin conocerle, no pudo ménos de exclamar: "Ó sois un demonio, ó sois Erasmo?"

Pues de nada: la Iglesia, que un día quiso él defender contra Lutero, que á su lado podía pasar por ignorante, ni ganó con su defensa, ni se la agradeció; y en cambio, los frailes y los teólogos se cebaron en su reputación de una manera sangrienta, y la Sorbona, en una de sus censuras, le declaró loco, insensato, impío, injurioso á Dios, á la Virgen, á los Santos y á los mandamientos de la Iglesia... á él, á Erasmo, que después de haber hecho un espantoso retrato de los herejes en una de sus cartas la acaba así: "¡es tengo tanto horror, que si supiese de una ciudad donde no los hubiera, la escogería para morar en ella."

No nos atrevemos á predecir que suceda algo de esto al profesor español, pero si creemos que está en camino de ello. Erasmo del siglo XIX, débil para la lucha como él, nada podrá contra el torrente invasor de las ideas, y ni siquiera satisfará á los suyos.

Pero pasemos á otros capítulos, no sea que alguien nos diga lo que dijo el Cardenal Jiménez á uno de los censores de Erasmo: "O lo haceis vosotros mejor ó dejais hacer á los que Dios ha concedido el talento."

E. SANCHEZ CALVO.

(Continuará.)

ECOS Y RUMORES.

Las ferias y fiestas de San Mateo constituyen el tema obligado de la quincena pasada; pero es el caso que apenas hubo tales carneros, es decir, tales ferias y tales fiestas.

Por lo que toca á ferias, la manquedad del asunto no es de este año. Ovetense como yo soy de toda la vida, y de una vida por cierto ya lustrosa, no por el lustre sinó por los lustros, todavía dudo de lo que se feria en Oviedo durante los clásicos días del evangelista.

Azafranados bollos y figuras de pasta, cintas multicolores, muchas pèrtigas y más cestas, no me parecen objetos comerciales de valor, necesidad ó rareza suficientes para constituir una verdadera feria.

Por eso tiempo atrás, cuando un amigo entendido en estos achaques económicos, ó lo que sean, intentó dar solución á mis dudas, me sentí inclinado á prestarle asentimiento, siquiera sus palabras trascendiesen á humor indígena.

Era entonces el mercado de manufacturas de mimbres, en la plazuela de Riego, al rededor del caño de Cueto, en el sitio que hoy convirtió en liliputienses jardinillos la coquetería concejil.

Mi amigo me tomó de la mano con paternal solícitud y poniéndome en punto conveniente, me dijo:

—Ahí tienes las ferias de San Mateo.

Al pronto no vi otra cosa que un robusto aldeano, cubierto con una montera picona, que me miraba sonriente; pero reparé luégo en lo que entre ambos había interpuesto, y era una *excusabaraja* primorosamente tegida.

—Y qué pregunté á mi *cicerone*.

—Descompon eso en dos partes (el de la montera dejó su sonrisa y púsose hosco y amenazador) y tendrás la solución del problema: —*excusa*, esto es, pretexto, y *baraja*, esto es....

—Ya, ya sé lo que es

Deshecha la plaza de toros y desbaratado el proyecto de Exposición; visto el programa circularizado á última hora por el Ayuntamiento, no podía cogermelo de susto la insignificancia de las fiestas.

Sin embargo, acariciaba la idea de que el cielo se mostrase propicio y contaba con el sol, que es el principal elemento de toda función popular y el gran festejador del mundo.

Por desgracia, en el programa meteorológico se había dispuesto lo contrario, y las nubes vinieron á hacer que aún lo poco con que contábamos se desluciera.

Descoyuntose así el plan de la comisión, y en fuerza de traslados, intermitencias y aplazamientos, los *matsinos* debieron de aburrirse en grande. Cuando se realizó la última iluminación y quema de los primores pirotécnicos forasteros, ya no quedábamos por la ciudad sino los que habitualmente vivimos en ella. Hubo algo de lo que ocurre cuando se convida á alguno á comer y, al fin, por imprevisto accidente, que impide su asistencia, se atraca silenciosamente de los desairados manjares la gente de la casa.

En esta anegación de proyectos, el Casino, el Liceo, el Teatro y el Circo, vinieron á convertirse en sendas arcaas de Noé.

Los conciertos del sexteto que dirige el reputado maestro Arche, fueron muy notables, ejecutándose con gusto y precisión exquisitos las magníficas piezas musicales que los componían. Bien cabe afirmar que en esta época es cuando Oviedo oye la mejor música, puesto que cuando ocupa el teatro una compañía de Opera, suele constituir la orquesta lo más delgado de la soga.

Los bailes fueron también brillantes. El del Casino, donde campaban por sus respetos la belleza y la elegancia, tuvo una especie de eco en la reunión de confianza que le siguió. Y conste que el eco fué tan bueno, que me recordó aquel oído por un andaluz, según el cual, al decir uno —¿cómo está V?— contestaba: —perfectamente, mil gracias, amigo.

*
* *

Noticias diversas:

—El ilustrado y laborioso jefe del cuerpo de Ingenieros de minas, D. Luis Barinaga, falleció en Linares el 13 del corriente; acompañado de sus discípulos recorría las minas de aquel punto, cuando inadvertidamente puso el pié en la boca de un profundo pozo del cual fué extraído cadáver.

La REVISTA DE ASTURIAS se había ocupado repetidas veces en el examen de algunas de sus obras, así didácticas como de carácter popular; en todas ocasiones hubo de comprender la excesiva modestia del peritísimo escritor, que le llevaba á atender y contestar nuestras observaciones, mucho más de lo que ellas y nosotros merecíamos.

Descanse en paz el ingeniero sabio, el profesor infatigable; que nuestros votos le acompañen en la desconocida región donde ha de recibir la recompensa de los buenos.

—También falleció en el Escorial el insigne orador, catedrático y crítico, D. Manuel de la Revilla.

—Desde el 15 de Setiembre están abiertas las clases de la Academia preparatoria que dirige nuestro compañero el Sr. Alas. Este verano hemos tenido ocasión de ver numerosos jóvenes, antiguos discípulos del Establecimiento, y hoy oficiales ó alumnos

de casi todos los cuerpos civiles y militares facultativos.

Deseamos á la Academia un curso provechoso en todos sentidos, pues nos interesamos en que Asturias posea un centro de enseñanza con que cuenten muy pocas y principales poblaciones.

—El martes último tuvimos la satisfacción de estrechar la mano de nuestro sabio y respetable amigo D. Francisco Giner, profesor de la Universidad de Madrid y de la Institución libre de enseñanza. No es esta la primera vez que el Sr. Giner visita la provincia de Oviedo, por la que demuestra singular predilección y en donde halla valiosos elementos para alguno de los estudios que le ocupan. Acompañábanle en esta excursión el aventajado joven señor Cosío, y algunos de los alumnos que en la Institución reciben, bajo dirección tan inteligente y solícita, una instrucción hasta ahora desconocida en España.

—Hállase en Oviedo desde hace algunos días nuestro queridísimo compañero D. Lino J. Palacio. Atareado en la dirección de las obras de la ría de Aviles, cargo que viene desempeñando desde que *ab irato* se le separó del que servía con gran conocimiento y celo ejemplar en la Diputación de la provincia, contrajo una enfermedad que le obligó á restituirse al seno de su familia, cuyos cuidados cariñosos se hacen siempre precisos en casos análogos. Vivisimamente deseamos que el querido enfermo se mejore y restablezca.

—Desde principios de semana está en posesión de su cargo el gobernador civil últimamente nombrado, Sr. Díaz Trigueros, á quien enviamos nuestro cortés saludo de bienvenida.

—Con un atento B. L. M. del celoso jefe de la Estación de Oviedo Sr. Lidon, hemos recibido un ejemplar de las condiciones de aplicación al transporte por el ferro-carril de los efectos destinados á la Exposición de Burdeos, y otro del periódico *Les Affaires Espagnoles*, en que consta la petición de admisión y reglamento especial de la "Sociedad Filomática" de dicho punto. Suponemos que á nuestros centros fabriles habrán llegado también estas noticias, que tanto pueden interesarles.

—Ayer tarde se celebró solemnemente la inauguración y bendición de las obras del nuevo Hospital-manicomio provincial, á cuyo acto fuimos galantemente invitados. Como el asunto es importante y no disponemos hoy de espacio, aplazamos para el próximo número la debida noticia.

—Hemos recibido una fina invitación del Excelentísimo Sr. Rector de esta Universidad para asistir al acto de apertura del curso académico de 1881 á 1882. Como ya anunciamos, leerá el discurso reglamentario el distinguido catedrático D. Rafael de Ureña.

—Nuestro respetable paisano y colaborador de la REVISTA, D. José Arias de Miranda, ha tomado parte en una de las primeras sesiones celebradas por el Congreso de Americanistas.

*
* *

Con hablar de dos nubes, concluyo.

Los lectores tendrán todavía en los oídos el estrépito inusitado de la tormenta del martes. Los vecinos del Postigo bajo estuvieron á punto de ser víctimas de una inundación, y hay quien propone que se varíe el nombre de la calle llamándola en adelante Calle de *Nonduermas*.

Con motivo del concurso anunciado, han llegado á Oviedo gran número de señores curas. *Multi sunt vocati, pauci vero electi*. Ya hablo yo en latín á fuerza de ver balandranes. Creo que traduciría de corrido la encíclica *Quanta cura*.

SALADINO.

EFEMÉRIDES ASTRONÓMICAS PARA ASTURIAS.

OCTUBRE DE 1881.

Dias del mes.	OVIEDO.											GILÓN.						
	SOL.						LUNA.					HORAS DE LAS PLEAMARES.						
	Orto.		Paso por el meridiano.			Ocaso.		Orto.		Paso por el meridiano.			Ocaso.		H. M.		H. M.	
	H.	M.	H.	M.	S.	H.	M.	H.	M.	H.	M.	S.	H.	M.	H.	M.	H.	M.
1	5	57	11	49	35	5	41	1	52 t.	6	43,4 ⁿ	11	41 n.	8	4 m.	8	49 n.	
2	5	58	11	49	16	5	39	2	33	7	39,3	12	54	9	36	10	24	
3	6	0	11	48	57	5	38	3	8	8	33,7	"	"	11	6	11	42	
4	6	1	11	48	39	5	36	3	40	9	26,7	2	0 m.	12	14	12	42	
5	6	2	11	48	21	5	34	4	10	10	18,9	3	24	"	"	1	7 t.	
6	6	3	11	48	4	5	32	4	40	11	10,8	4	39	1	31	1	54	
7	6	4	11	47	46	5	31	5	11	12	3,2	5	53	2	15	2	36	
8	6	5	11	47	30	5	29	5	45	12	56,2	7	6	2	50	3	16	
9	6	7	11	47	13	5	27	6	22 n.	"	"	8	17	3	36	3	56	
10	6	8	11	46	58	5	25	7	5	1	49,8 ^m	9	25	4	15	4	34	
11	6	9	11	46	42	5	24	7	52	2	43,5	10	26	4	53	5	12	
12	6	10	11	46	27	5	22	8	45	3	36,5	11	21	5	31	5	51	
13	6	11	11	46	13	5	20	9	41	4	28,0	12	9	6	12	6	35 n.	
14	6	13	11	45	59	5	19	10	39	5	17,5	12	49	7	0	7	30	
15	6	14	11	45	40	5	17	11	38	6	4,7	1	23 t.	8	5	8	46	
16	6	15	11	45	33	5	15	12	37	6	49,9	1	54	9	30	10	15	
17	6	16	11	45	21	5	14	"	"	7	33,2	2	20	10	55	11	28	
18	6	18	11	45	10	5	12	1	37 m.	8	15,6	2	45	11	56	12	20	
19	6	19	11	44	59	5	10	2	37	8	57,7	3	9	12	42	"	"	
20	6	20	11	44	49	5	9	3	38	9	40,4	3	34	1	1	1	20 t.	
21	6	21	11	44	40	5	7	4	41	10	24,4	4	0	1	37	1	54	
22	6	23	11	44	31	5	6	5	45	11	10,4	4	28	2	10	2	27	
23	6	24	11	44	23	5	4	6	51	11	59,4	5	1	2	43	3	0	
24	6	25	11	44	15	5	3	7	58	12	51,5	5	40	3	17	3	34	
25	6	26	11	44	9	5	1	9	3	1	46,5 t.	6	27 n.	3	52	4	10	
26	6	28	11	44	3	5	0	10	6	2	43,6	7	22	4	29	4	48	
27	6	29	11	43	57	4	58	11	2	3	41,6	8	24	5	9	5	31	
28	6	30	11	43	53	4	57	11	50	4	38,9	9	33	5	54	6	20 n.	
29	6	32	11	43	49	4	56	12	32	5	34,6	10	44	6	49	7	21	
30	6	33	11	43	46	4	54	1	8 t.	6	28,2 n	11	57	7	58	8	39	
31	6	34	11	43	44	4	53	1	40	7	20,1	"	"	9	22	10	4	

Fases de la Luna.	H. M.	
	Dia 7—Plenilunio á	1 36 de la tarde.
	15—Menguante á	2 3 de la madrugada.
	23—Novilunio á	2 8 de la madrugada.
	30—Creciente á	4 24 de la mañana.
	Dia 23—El Sol,	á 5 54 de la mañana, entra en el signo de Es-
		corpio.

NOTA.	
—	
Todos los resultados anteriores, estan expresados en tiempo medio de la respectiva localidad.	

FRANCISCO ROSADO.